

17 de marzo de 2017

Génesis 37: 3-4, 12-13a, 17b-28a

Mateo 21: 33-43, 45-46

Ambas lecturas de hoy ofrecen excelentes lecciones del poder destructivo de la envidia. Querer lo que otro tiene, ya sea fama o fortuna, poder o prestigio, puede conducir a males más insidiosos. Estar deseosos de lo que legítimamente pertenece a otra persona significa que no estamos contentos, que estamos lejos de estar contentos. Como en estos dos casos, la envidia se vincula con la codicia para formar un dúo diabólico. Este emparejamiento siniestro ha causado guerras, dividido familias y llevado a la amargura y el resentimiento de toda la vida.

En otro contexto, la envidia también puede ser un pretexto conveniente para hacer poco o nada en nuestras vidas espirituales. Se convierte en una práctica racionalizada cuando nos pensamos en las grandes cosas que podríamos hacer si sólo fuéramos bendecidos con tal talento. Eso nos ahorra la molestia de descubrir cuáles son nuestros propios dones y talentos y cómo podrían ser utilizados para mejorar el mundo de Dios y las personas en él. Me pregunto, cómo nos sentiríamos si le damos a alguien un regalo, envuelto elegantemente, y años más tarde, nos regresan ese mismo regalo, cubierto de polvo, pero aún envuelto elegantemente. La molestia sería poco para decir de nuestra reacción. Dios puede sentirse precisamente de la misma manera. Antes de que finalice la Cuaresma, tal vez tengamos un poco que desempaquetar.

Preguntas de Reflexión:

1. ¿Tengo envidia o avaricia que necesito desempaquetar esta Cuaresma?
2. ¿Qué es un regalo o talento que uso para mejorar el mundo de Dios y la gente en él?

Reflexión del diácono Brian Nosbusch